

GEORGE ORWELL

EL TOTALITARISMO O LA REINVENCIÓN DE LA MENTIRA

LETICIA BERNAL

I
Aunque es famoso, solo entre lectores de vieja data se reconoce a aquel personaje siempre invisible que sin ser dios es como dios: omnipresente, omnisciente y omnipotente. Atributos que atan el destino de los pueblos, los afectos y la vida íntima de los individuos a la voluntad autócrata y al ojo avizor del personaje.

El creador de tan atemorizante ficción literaria fue sacado de la pila bautismal —si tal había en aquella lejana colonia británica de Motihari— en 1903 con el nombre de Eric Arthur Blair; en el colegio de St. Cyprian aprendió lenguas clásicas, muy poco de geografía y matemáticas, menos aún de ciencias naturales, y de historia solo personajes, fechas y frases célebres; aprendió también el desamparo de la infancia en un entorno en el que virtudes como el dinero, la belleza, la fuerza y lo que llaman “agallas”, esto es, “el poder de imponer la propia voluntad a los demás”, construyen jerarquías, humillaciones y vasallajes sobre quienes carecen de tan insignes cualidades. Estudiante pobre, feo y con una debilidad pulmonar que lo hacía poco resistente al esfuerzo físico, por muchos años Blair vivirá bajo

la condena del fracaso: “el fracaso a mis espaldas, el fracaso ante mí. Esa fue, de lejos, la más honda de las convicciones que me llevé conmigo [al salir de St. Cyprian]”¹.

Con un futuro tan poco prometedor, Blair decide enrolarse, cuando apenas se aproximaba a los diecinueve años, en la policía imperial británica. Enviado a Birmania —anexada desde el siglo XIX al imperio británico de la India—, por seis años se desempeña como el responsable de mantener el orden en la provincia de Moulmein, donde debe soportar el odio y el hostigamiento de los birmanos y aprender, a costa de sí mismo, que un imperio es una empresa financiera que necesita de la represión para sostenerse. Entonces la vida le supo amarga: “Yo era joven [y] carecía de una educación apropiada [...]. Todo cuanto alcanzaba a saber con claridad era que estaba atrapado entre mi odio contra el imperio a cuyo servicio trabajaba y mi ira contra el espíritu malvado de las bestezuelas que trataban de hacerme la vida imposible”. Había, pues, que renunciar, y en 1928 puede por fin colgar el uniforme.

Viaja a París, donde vive cerca de un año y medio en el barrio Coq d’Or,

alojado en el Hôtel des Trois Moineaux, “una conejera desvencijada de cinco pisos [y] largas filas de chinches [que] desfilaban a diario como columnas de soldados”. Trabaja como profesor particular de inglés, y cuando sus alumnos lo abandonan empieza su lucha con la pobreza, que le resulta muy diferente al modo como los hombres que no la viven se imaginan: “Pensabas que sería muy sencilla y es complicadísima. Pensabas que sería horrible; es solo aburrida y sórdida. Lo primero que descubres es su peculiar vileza, los cambios que te obliga a hacer, sus complejas mezquindades”. Días de penuria pasados entre el hambre y el atesoramiento de un mendrugo de pan, entre las casas de empeño —donde deja, sin metáfora, hasta sus calzoncillos— y el ocultamiento de su miseria para evitar las decisiones de la casera, entre la solidaridad, la apatía y las falsas ilusiones de desprotegidos como él; días de penuria que apenas alivia un nuevo trabajo: de lunes a sábado —y en ocasiones el domingo— y con un horario de diecisiete —cuando no más— horas al día, barre, lava platos y limpia mesas.

Pero toda fatiga tiene límites, y los de Blair fueron el anhelo de dormir “más de cinco horas al día”. Decide entonces regresar a Inglaterra, donde durante un mes se aloja en casas de posada y calma el hambre en hospicios y conventos mientras comparte la vida de vagabundos y mendigos que, “como tipos sociales —dirá meses después—, son más honrados que los vendedores de la mayoría de los remedios medicinales, más nobles que cualquier propietario del periódico dominical y más amables que un prestamista”. Pasado el mes, y gracias a la intermediación de un amigo, es contratado para cuidar a un retrasado; será luego —en aquellos años iniciales de la década del treinta— vendedor de libros, maestro de escuela y escritor: revistas como *The Adelphi* y *The New Statesman and Nation* publican algunos de sus ensayos; y en 1933, y con el seudónimo de George Orwell

—seudónimo que ya nunca abandonará y por el cual será conocido literariamente— aparece su primer libro, *Sin blanca en París y Londres*. En los años siguientes publicará *Días de Birmania*, *La hija del reverendo* y *El camino a Wigen Pier*.

En los días finales de diciembre de 1936 viaja a España con el fin de cubrir para la prensa londinense la guerra civil iniciada pocos meses antes. Sin embargo, la prensa esperará en vano sus crónicas: apenas llegado a Barcelona se alista en las milicias, “porque en esa época y en esa atmósfera parecía ser la única actitud concebible”. Seis meses después, y curado a medias de una herida de bala en la garganta, regresa a Inglaterra. *Homenaje a Cataluña* (1938) y *Recuerdos de la guerra de España* (1942) serán a la vez el testimonio y el análisis de una contienda que preludiaba un fenómeno político develado en toda su crueldad por la Segunda Guerra Mundial y las purgas estalinistas.

Además de numerosos ensayos, de luchar con una enfermedad pulmonar manifiesta ya desde su infancia que lo lleva a instalarse por temporadas en Marruecos y en la isla de Jura, en la década de 1940 escribe dos novelas: *Rebelión en la granja* y *1984*. La primera, una “fábula muy inteligentemente llevada gracias a una habilidad narrativa que descansa en su propia sencillez, cosa que muy pocos autores habían logrado desde Gulliver”, en palabras de T. S. Eliot, es al mismo tiempo que una obra lograda una denuncia valiente —en tiempos en que los idealismos de izquierdas justificaban el asesinato necesario— de los totalitarismos disfrazados de pueblo. Un paso adelante en la exploración del espíritu de su tiempo, en 1984 Orwell muestra cómo los totalitarismos que se avencinan no necesitarán ya del disfraz populista, pues sabrán beneficiarse de las enseñanzas de la Segunda Guerra Mundial, moldeada por la eficiencia técnica y el maquinismo.

Eric Arthur Blair muere en enero de 1950, cuando aún no cumplía cuarenta y siete años.

Y son los hechos, la relatividad y por fin la libertad —o, si se quiere, la ilusión de la libertad— lo que el totalitarismo destruye gracias al uso de la mentira como arma política.

II

En su ensayo de 1946, “Por qué escribo”, dice Orwell:

Cada renglón que he escrito en serio desde 1936 lo he creado, directa o indirectamente, en contra del totalitarismo [...]. Me parece una soberana estupidez, en una época como la nuestra, pensar siquiera que se puede evitar el escribir sobre tales asuntos. [...] Mi punto de partida es siempre un sentimiento de parcialidad, una sensación de injusticia.

No hay que engañarse, sin embargo, con declaración tan contundente. No es Orwell un activista disfrazado de escritor, ni un teórico de la filosofía política, sino un lector avisado que supo ver en el fracaso de la revolución española y en los horrores de la Rusia estalinista, de la Alemania y la Italia fascista, los horrores que se avecinaban para la humanidad, menos evidentes, pero no por eso menos devastadores:

Vivimos en un mundo que encoge. Los “paisajes democráticos” han terminado en el alambre de espino [...]. Casi con toda seguridad nos adentramos en una época de dictaduras totalitarias, una época en la que la libertad de pensamiento en primera instancia será un pecado moral, y después una abstracción carente de sentido. El individuo autónomo va a desaparecer de la faz de la Tierra [y] la idea totalitaria de que no existe la ley, de que sólo existe el poder [echará raíces].

Y para debilitar la fuerza de estas afirmaciones no vale evocar el recurso del “contexto”: ¿no fueron acaso aquellos años de la década del cuarenta del siglo xx —años en los que escribía Orwell— la pérdida de la esperanza, el triunfo

del pesimismo, ante la aberrante realidad de las purgas, los campos de concentración y las policías secretas? Sesenta años después, Imre Kertész escribirá en *La lengua exiliada*:

La esencia del Estado totalitario consiste precisamente en ser total, en obligar de forma continua a la confrontación o a la identificación: expropia totalmente el pensamiento, nos arranca de nuestra existencia personal a modo de catástrofes inesperadas y nos ofrece las alternativas propias de una pesadilla, entre las cuales nos obliga a elegir.

Tampoco vale decir que la autonomía del sujeto y la libertad de pensamiento no son más que ilusiones, que tanto el uno como la otra están sometidos por múltiples vasallajes sociales, económicos y hereditarios. Con toda verosimilitud así es, pero precisamente por esto la permanencia de la ilusión revela todo su poder: ella les ofrece a los hechos las grietas de la relatividad donde se juega la libertad del individuo. Y son los hechos, la relatividad y por fin la libertad —o, si se quiere, la ilusión de la libertad— lo que el totalitarismo destruye gracias al uso de la mentira como arma política.

Con claridad lo dice Orwell al evocar lo visto y lo vivido en los meses de su estancia en España:

Lo que me llamó mucho la atención por aquellas fechas, y sigue llamándomela desde entonces, es que los individuos se creen las atrocidades o no se las creen basándose única y exclusivamente en sus inclinaciones políticas. Todos se creen las atrocidades del enemigo y no dan crédito a las que se cuentan del bando propio [...]. En España, por primera vez, vi reportajes

periodísticos que no guardaban la menor relación con los hechos, ni siquiera el tipo de relación con la realidad que se espera de las mentiras comunes y corrientes. [...] Vi, de hecho, cómo se escribía la historia no según lo ocurrido en realidad, sino según lo que debería haber ocurrido de acuerdo con las “directrices del partido”.

Las consecuencias de esta ideologización de los hechos son obvias: “Un mundo de pesadilla, en el que el jefe, o la camarilla gobernante, controla no solo el futuro sino también el pasado”. Sí, porque al anteponer la ideología a la realidad se despoja a esta de su carácter provisional, susceptible de múltiples interpretaciones verosímiles y transformables, convirtiéndola en absoluta y, sobre todo, en justificable: en nombre de cualquier creencia —el triunfo del pueblo (que, como la historia ha demostrado, carece de pueblo), la superioridad de una raza, la eficacia económica (es decir, la capacidad del negociante de “soplar los billetes y multiplicarlos” según la expresión de Juan de Dios, “el Indio”, Uribe), la supremacía de una religión, etc.— se destruye la solidaridad inherente a la convicción de la pertenencia de todos los hombres a la misma especie. Desaparece el “otro” y solo queda el igual a “mí mismo” y, así, las puertas de la crueldad permanecen abiertas.

El totalitarismo es esta crueldad —física, emocional o moral— como forma de organización social en la que el poder —no la ley— determina los medios y desaparece la fuerza protectora contra la deshumanización de conceptos como piedad, compasión, justicia, libertad, etc.

III

Dice Sándor Márai en su obra autobiográfica *¡Tierra, tierra!*:

¿Qué era lo que yo había conocido en aquellos años de entreguerras? Como cuando se abre un cajón antiguo y sale un tufo a humedad, así me llegó la respuesta: la mentira. [...] Siempre ha habido violencia y compasión, heroísmo y cobardía,

crueldad y tolerancia... pero la mentira nunca fue una fuerza tan potente y tan determinante de la historia [...]. Mentían la prensa, la radio, las editoriales, los nuevos medios de comunicación, todo tipo de folletos, la basura con que se llenaba la conciencia del hombre occidental... Todo emanaba mentiras, como los gases tóxicos emanaban del montón de estiércol que arde por combustión espontánea.

Es un símil justo, sin exageración ni falso pudor. Porque, así como los gases tóxicos son connaturales al estiércol, a la mentira —cuando esta se usa como estrategia política— es connatural el cinismo del poder, por fuera del cual, como en el credo cristiano, no hay salvación. A esta figura se la llama “Estado protector”: enemigos internos y externos acechan, la vida se vuelve insegura, y al individuo no le queda más que la lealtad al partido-Estado y la obediencia a sus directrices. Virtudes que la propaganda se encarga de poner en escena mediante eslóganes, etiquetas y catecismos ideológicos, que a la manera de los *exempla* cumplen la doble función de señalar la herejía y exaltar el “martirio por la causa”.

Misión de la propaganda es, en efecto, cavar cada vez más hondo en el abismo que el totalitarismo abre entre el pueblo —entendido como el sector plebiscitario del poder— y el sujeto —entendido, en palabras de Jünger, como aquel capaz de comprender “que la mera superioridad de poder no es capaz de crear derecho”—. De este modo mantiene a la sociedad en el filo de la violencia y hace de los partidarios militantes, para quienes:

Asuntos como los bombardeos de civiles en masa, el uso de rehenes, la tortura para obtener confesión, las cárceles secretas, las ejecuciones sin juicio previo, el apaleamiento con porras de caucho, ahogar a otro en una ciénaga, falsificar sistemáticamente los registros y las estadísticas, la traición, el soborno, el colaboracionismo son normales y son moralmente neutros, e incluso admirables cuando se hacen a lo grande, con osadía.

La crueldad, las ofensas y la humillación como “moralmente neutras”; ¿no es este acaso el Estado ideal, el fin último de la propaganda en los Estados totalitarios? Porque cuando así sea, los hombres habrán entregado su libertad y su potencia creadora a la voluntad y a la justicia del poder. Esto fue lo que le sucedió a Winston, el coprotagonista de la novela 1984:

Mucho había cambiado en él desde aquel primer día en el Ministerio del Amor, pero hasta ahora no se había producido la cicatrización final e indispensable, el cambio salvador. La voz de la telepantalla seguía enumerando el botín, la matanza, los prisioneros [...]. Contempló el enorme rostro [...]. ¡Qué tozudez la suya exiliándose a sí mismo de aquel corazón amante! Dos lágrimas, perfumadas de ginebra, le resbalaron por las mejillas. Pero ya todo estaba arreglado, todo alcanzaba la perfección, la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano. **U**

Leticia Bernal (Colombia)

Realizó estudios de Filosofía y Letras. Ha sido profesora universitaria y editora.

Referencias

- Crik, Bernard. “Como fue escrito el prólogo”. En: Orwell, George. *Rebelión en la granja*. Edición digital, sf, p. 10.
- Jünger, Ernst. *La emboscadura*. Barcelona: Tusquets, 1988, p. 46.
- Kertész, Imre. *La lengua exiliada*. Traducción de Adan Kovacsics. Edición digital, 2001, p. 83.
- Márai, Sándor. *¡Tierra, tierra!* Madrid: Salamandra, 2006, pp. 557-559.
- Orwell, George. *Sin blanca en París y Londres*. Traducción de Miguel Temprano García. Edición digital, 1933.
- _____. “Matar a un elefante” (1936). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 59-67.
- _____. *Homenaje a Cataluña*. Traducción de Virus editorial. Edición digital, 1938.
- _____. “En el vientre de la ballena” (1940). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 203-243.
- _____. “El león y el unicornio: el socialismo y el genio de Inglaterra” (1941). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 271-333.
- _____. “Recuerdos de la guerra de España” (1942). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 410-430.
- _____. *Raffles y miss Blandish* (1944). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 511-525.
- _____. “Por qué escribo” (1946). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 780-787.
- _____. “Ay, qué alegrías aquellas” (1948). En: *Ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2013, pp. 901-944.
- _____. 1984. Traducción de Rafael Vázquez Zamora. Edición digital, 1949.
- Uribe, Juan de Dios. “Discurso pronunciado en la velada literario-musical del 15 de agosto”. En: Montoya y Montoya, Rafael (comp.). *Obras completas de Juan de Dios Uribe*. Medellín: Ediciones Académicas, 1965, t. XIV, p. 17.

Notas:

- ¹ Todos los textos entrecorridos, en los que no se da expresamente la referencia, son de este autor.

{ Novedades }

Revista Arquitrave
N°61
Octubre-diciembre
Cali - Colombia, 2015
100 p.



Moradas interiores
Amalia Moreno Restrepo
María Paz Guerrero
Tania Ganitsky
María Gómez Lara
Editorial Pontificia
Universidad Javeriana
Bogotá - Colombia, 2016
125 p.



Conversando con dios
Selección de poesía mística de la
India y Persia: siglos X a XVII
Compilación, introducción,
traducción y notas de Javier
Sáenz Obregón
Biblioteca Clásica para
Jóvenes Lectores
Editorial Universidad de
Antioquia, Medellín
384 pp.

